

El norte de África en el ocaso del emperador (1549-1558) *

Beatriz Alonso Acero
CSIC

Abordar el tema de la política norteafricana de Carlos V supone aproximarse a una cuestión que no ha gozado de las simpatías de los historiadores a lo largo de la presente centuria. El hecho de que la presencia española en el continente vecino quedara relegada a un papel secundario desde el primer desastre de los Gelves (Djerba), en 1510, ante el empuje de las empresas americana e italiana, ha influido decisivamente en la forma y manera de analizar este tema. Si a ello unimos los enfoques positivistas con los que se estudió en las últimas décadas del siglo XIX y las posturas mediatizadas por la situación política española con las que los historiadores se acercaron a él durante buena parte del siglo XX, el resultado que se obtiene es el de un tema que ha quedado desfasado en su estudio y análisis y que necesita de una urgente revisión al hilo de las nuevas corrientes historiográficas. Solamente algunas investigaciones aparecidas en las últimas décadas, como la que presentó en 1988 Rodríguez Salgado en su obra *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*¹ y algún estudio parcial del Mediterráneo de la primera mitad del siglo XVI, como el de Mafrici², que establece un estudio comparado de los corsarios Barbarroja y Dragut, van consiguiendo introducirnos en las verdaderas coordenadas que ha de seguir el estudio de esta parcela del Imperio Carolino.

Que el tema no es baladí lo puede demostrar la ingente cantidad de documentación que a este respecto se agolpa en nuestros archivos, buena parte de la cual aún se halla inédita. El otro lado del estrecho de Gibraltar fue fuente de pocas satisfacciones y

* Esta ponencia se incluye dentro del proyecto de investigación «La política en el Mediterráneo de Carlos V: el inicio de conformación de la frontera mediterránea» (DGICYT, PB96-0888) dirigido por el doctor Bunes Ibarra, en el que me he integrado gracias a una beca concedida por la Comunidad Autónoma de Madrid.

¹ RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992 (ed. inglesa, 1988).

² MAFRICI, M., *Mezzogiorno e pirateria nell'età moderna (secoli XVI-XVIII)*, Napoli, 1995.

de muchos lamentos durante el reinado de Carlos V, tanto para él como para quien ejerció el gobierno en su nombre en los momentos en los que tuvo que ausentarse de España, por no hablar de esos españoles anónimos, verdaderos impulsores en la sombra de las acciones en tierras de Berbería. Como reflejo de este interés y preocupación, las noticias sobre lo que acaece en el norte de África llenan cientos de documentos en los que se da cuenta tanto de la situación que atraviesan los presidios españoles como de los avisos que los espías transmiten de lo que ocurre en Argel o de lo que se prepara en la lejana Estambul. Las reiteradas consultas de los consejeros de Guerra y Estado, la información que se envía al Emperador por lejos que éste se halle, las resoluciones que toma Carlos V aun cuando todo apunta a que la cuestión africana habrá de quedar nuevamente relegada a un segundo plano ante las penumbras que se ciernen sobre la Europa carolina, no son sino ejemplos que nos sitúan en la base de la relevancia de una vertiente de la política del Emperador que aún no ha sido revisada como merece. Del norte de África en tiempos de Carlos V conocemos con bastante detalle la relación cronológica de los hechos que acontecen, incluyendo todas las conquistas y las pérdidas de territorios que tienen lugar durante los cuarenta años de su reinado; se han glosado con gran detenimiento los hechos de armas que llevaron al propio Carlos V a poner sus pies en las playas de Berbería, los cuales han gozado de una mayor atención gracias a la inmensa publicística que generaron. Es el caso de la victoriosa empresa de Túnez en 1535 y del fracasado intento de toma de Argel en 1541, incluidas ambas en lo que Jover denominó «fase mediterránea del reinado de Carlos V, 1533-1543»³. También se nos han revelado, gracias a los estudios de Mariño, los detalles de las negociaciones, pactos, treguas y tratados establecidos entre Carlos V y las autoridades musulmanas de algunos reinos de Berbería que buscaron la colaboración con el Monarca cristiano para evitar caer en el radio de acción de la Sublime Puerta, en lo que hay que incluir las negociaciones llevadas a cabo por los representantes del Emperador con el propio Barbarroja desde 1534 que, sin embargo, no llegaron a culminar en ningún pacto.

Frente a todos estos aspectos parciales de la política carolina en Berbería, queda por establecer cuál era la verdadera visión del Emperador sobre este mundo norteafricano que recibe en herencia y que a él le toca conservar en medio de tantas dificultades como se le presentan a lo largo de su reinado. Por encima de resultados prácticos, de victorias y de fracasos, es necesario atender a las premisas que mueven a Carlos V a la hora de enfrentarse a lo que acontece en las tierras de allende el Estrecho, y hay que hacerlo teniendo muy en cuenta que su reinado es lo suficientemente prolongado como para que estos presupuestos previos cambien o, al menos, varíen a lo largo del mismo de acuerdo con las circunstancias imperantes en el conjunto de su vasto imperio. Hay que revisar de acuerdo con cada momento en concreto conceptos como el de la defensa de la Cristiandad o el de la lucha frente al Islam, prioritarios en esta vertiente

³ JOVER, J. M., *Carlos V y los españoles*, Madrid, 1985.

de la política norteafricana del Emperador que, a su vez, se presenta como un aspecto parcial de su acción en el Mediterráneo. Hay que especificar cuál es la postura que se mantiene en cada momento respecto a la Sublime Puerta, pues no hay que olvidar que el enfrentamiento no impide que haya períodos en los que ambos contendientes se ponen de acuerdo para dejar a un lado la lucha abierta y, sobre todo, hay que preguntarse la razón que subyace ante el aparente olvido o postergación de los territorios de Berbería en buena parte de reinado carolino ante la atención que suscitan las tierras alemanas, italianas o flamencas.

Si algunos de estos presupuestos han sido ya en alguna medida revisados al estudiar los aspectos parciales de la acción de Carlos V en África, como en esa fase mediterránea de mediados de la década de los años treinta a principios de la de los cuarenta, no han tenido la misma fortuna períodos como el que abarca la última década del reinado de Carlos V, que vamos a fijar entre los años 1549 y 1558 y que, con mucha frecuencia y demasiada ligereza, han sido juzgados como años en los que el norte de África no es un área prioritaria en los planteamientos políticos de Carlos V. Sin embargo, son estos últimos años de gobierno y de vida de Carlos V los que mejor nos pueden referir el resultado final de tan compleja y atractiva evolución como la que experimenta la vertiente norteafricana de la política de Carlos V a lo largo de las cuatro décadas en las que se prolonga su reinado. Es, además, en estos años cincuenta cuando se genera todo un programa laudatorio de la figura y reinado del Emperador, que no por casualidad se apoya en la faceta africana de su gobierno, silenciando otros momentos culminantes del mismo como la propia victoria en Mühlberg por razones obvias tras los sucesos acaecidos en Innsbruck y Metz en 1552-1553 ⁴. Tomando como epicentro este período de tiempo, y dejando a un lado el relato cronológico de los hechos acaecidos en el norte de África durante el mismo, nuestro objetivo es buscar en ellos al Carlos V que, desde su faceta de Emperador, ha de enfrentarse a las cuestiones que se suscitan en esta parcela de su imperio. En este sentido, interesan sus planteamientos, sus decisiones, sus reacciones ante lo que se gesta y ocurre tanto en sus posesiones de Berbería como en las tierras del Magreb que entran en el radio de acción otomano. Se trata, en último término, de analizar cómo ve Carlos V la pugna entre Cristiandad e Islam en la década postrera de su vida y reinado, tomando como eje de análisis el norte de África.

Los territorios norteafricanos sobre los que Carlos V va a reinar proceden de la herencia patrimonial de sus abuelos maternos, los Reyes Católicos. En su última voluntad, la reina Isabel había pedido a su hija Juana y al esposo de ésta, Felipe, que intentaran

⁴ En este programa laudatorio el objetivo prioritario es generar una imagen triunfante del Emperador tanto a través de los textos como de las imágenes. Esta última vertiente la han analizado en este mismo congreso M. Falomir y M. Á. de Bunes, a través del estudio de los tapices de Vermeyen sobre la conquista de Túnez en 1535 que, precisamente, es a partir de 1548 cuando se empiezan a tejer, por orden de María de Hungría [BUNES IBARRA, M. Á. de, y FALOMIR FAUS, M., «Carlos V, Vermeyen y la conquista de Túnez», en el Congreso Internacional «Carlos V. Europeísmo y Universalidad» (en prensa)].

seguir adelante con la conquista de África para continuar con la labor de lucha contra el Islam y a favor de la conversión de los infieles⁵. La temprana muerte del Habsburgo y la incapacidad de la hija de los Reyes Católicos acabarían por transferir esta misión a Fernando de Aragón quien, en la primera década del siglo XVI, y conjugando los intereses de Castilla y Aragón en el norte de África, posibilitó la adquisición de nuevas plazas en el continente vecino⁶. Sin embargo, la dificultad de hacer compatible la empresa norteafricana con la pujante conquista de las Indias Occidentales y, sobre todo, con las guerras contra Francia por el dominio de Italia acaba relegando a un lugar secundario ese incipiente avance en tierras de Berbería que desde el principio ya se había visto minimizado por la forma de ocupación restringida con la que los españoles entraron en el Magreb.

Desde esta perspectiva, Carlos V entiende los territorios norteafricanos como parte de esa vasta herencia patrimonial que ha acabado por recaer en sus manos, en virtud de lo cual su primer y prioritario objetivo ha de ser intentar conservarla y transmitirla íntegra a su sucesor y heredero. Esta conservación lleva implícita una actitud de defensa hacia el patrimonio heredado que, en el caso del norte de África, está además mediatizada por los ideales de cruzada y de defensa de la Cristiandad y de lucha contra el infiel que están presentes en la mente y en el discurso del Emperador en los primeros años de su reinado. Dicha defensa la va a ejercer Carlos V a través de una política de control y de contención de la situación en Berbería⁷, en la cual tiene cabida tanto la pérdida de los enclaves de menor relevancia o interés estratégico, caso de Cazaza, que había sido conquistado en 1505, como la cesión a órdenes militares de algunas tierras de difícil control desde España, caso de Trípoli, en la que entra la Orden de San Juan de Jerusalén en 1530, después de haber sido desposeída de la isla de Rodas en 1522 por los turcos, y el establecimiento de pactos de vasallaje con las autoridades de reinos musulmanes, como el realizado en 1535 con el jefe de la dinastía hafsí de Túnez, Muley Hassan. Hasta tal punto va a ser la conservación mediante la defensa el eje en torno al cual gira la política norteafricana de Carlos V que incluso las escasas acciones de

⁵ Sobre este tema, véase MORALES OLIVER, L., «El testamento de la reina Isabel y su reflejo en África», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 11 (1958), pp. 7-21.

⁶ Las perspectivas de conquista castellanas y aragonesas se remontan al siglo XIII, cuando Sancho IV y Jaime II deciden repartirse las áreas de influencia en el norte de África, determinando que las tierras al oeste del río Muluya fueran para Castilla y las emplazadas al este, para Aragón [RUMEU DE ARMAS, A., «Los reinos hispánicos y la hegemonía de África», *Archivos d el Instituto de Estudios Africanos*, 11 (1958), pp. 17-31]. A partir de ese momento, el interés de Aragón en el norte de África se reviste de unos caracteres fundamentalmente comerciales, estableciendo contactos con determinados puertos berberiscos, mientras que la acción conquistadora de principios del siglo XVI es obra de Castilla, determinada a seguir la reconquista más allá de los límites peninsulares una vez tomada Granada en 1492.

⁷ Véase el análisis de las líneas generales de la política norteafricana de Carlos V que hace MARINO, P., *Tratados internacionales de España. Carlos V, II, España-Norte de África*, Madrid, 1980, pp. cci y ss.

conquista que lleva a cabo al otro lado del Estrecho cuando no hay otra solución⁸, se justifican precisamente por la salvaguarda de territorios amenazados. Este peligro puede estar provocado bien por el pujante avance del pacto entre Solimán y Hayreddin Barbarroja, como ocurre con la entrada en Túnez del Emperador después de que Barbarroja hubiera hecho lo propio un año antes en el mismo territorio, o bien por la fuerza que va cobrando el corso con base en Argel, caso de las efímeras conquistas de Monastir, Mahometa y Querquenes en 1539, o la polémica entrada en Mahdia (la ciudad de África de las crónicas cristianas) en 1550. Ahora bien, que estos ideales estén presentes en la forma de pensar de Carlos V con respecto al norte de África no significa que los ponga siempre en práctica, sobre todo cuando estos territorios no son sino una parte más de su extensísima herencia y ha de acomodarlos a las exigencias políticas, económicas y financieras del resto de su imperio. Por esta razón, Carlos se ve en la necesidad de dar prioridad a aquel frente o frentes de su patrimonio territorial que requieran de su atención en cada momento. Como el norte de África se configura como un punto de atención permanente, en el que los problemas nunca cesan, sino que se agudizan según avanza su reinado y el corso y la alianza entre Argel y el Imperio Otomano se hacen más presentes, el Emperador se verá obligado a ejercer con más fuerza aún su política de contención y de control, evitando entrar en acción, para así poder volver sus ojos a los problemas más concretos, puntuales y específicos que van surgiendo en sus tierras europeas.

Para Carlos V el norte de África se configura como eje prioritario en la lucha contra el Imperio Otomano, por encima incluso del frente abierto en las tierras del Danubio, cuya defensa está desde muy pronto en manos de su hermano Fernando al que, no obstante, Carlos ayuda con dinero y fuerzas militares. Esta prioridad viene avalada por la proximidad a España de estas tierras norteafricanas a las que se quiere trasladar la lucha contra el Islam tras la conquista de Granada en 1492. Visto desde España, el interés en entrar en los territorios del otro lado del Estrecho se explica no sólo por la permanencia de un ideal de lucha contra el infiel por cuestiones religiosas, sino también por el deseo de la recuperación de la llamada Hispania Transfretana, o territorios pertenecientes a la Bética durante la dominación romana de la Península, sin dejar a un lado la necesidad de controlar las rutas de la navegación mediterránea, cada vez más amenazadas por el corso que anida en algunos puertos de Berbería.

Lo cierto es que, después de ocho siglos de lucha continuada, España se ha conformado como tal a través de la guerra contra el Islam, contra ese musulmán procedente de tierras allende el Estrecho que ha tenido en su propia casa durante mucho tiempo.

⁸ Como explica MERRIMAN, R. B., *Solimán el Magnífico, 1520-1566*, Buenos Aires, 1946. Carlos V intentó la recuperación de Túnez sin el recurso a las armas, proponiendo a Muley Hassan un levantamiento de Túnez, y también sugiriendo a Hayreddin Barbarroja que abandonara a Solimán a cambio de hacerle dueño del norte de África. Sólo cuando fracasan estos intentos, y aprovechando una situación favorable en Europa (paz con Francia y problema luterano aún no agravado en exceso), procede a preparar la empresa de conquista de Túnez.

Esta, podríamos decir, vocación de lucha y defensa contra la amenaza musulmana que puede llegar de Berbería va a estar aún muy presente en la España que hereda Carlos V como parte de sus territorios patrimoniales. A los españoles de la primera mitad del XVI, como ha señalado Pérez⁹, no les interesa el peligro latente y, a veces, muy real y cercano de las armadas otomanas y aún menos el de los ejércitos de jenízaros en las llanuras danubianas, sino la posibilidad de que los habitantes musulmanes de Berbería puedan volver a intentar entrar en España o que su amenaza sobre las costas y aguas del Mediterráneo occidental dificulte cada vez más sus vidas cotidianas y sus actividades comerciales. Este deseo de defensa de los intereses cristianos en el norte de África por causa de su proximidad a España que tienen sus habitantes impregna de forma evidente a Carlos V en los períodos en que estuvo residiendo en España, aunque en su mente no funciona tanto el concepto de lucha contra el musulmán en sí mismo cuanto la lucha contra la amenaza del Imperio Otomano y del auge del corso sobre su patrimonio territorial. A un período continuado de estancia en España entre abril de 1533 y abril de 1535 sigue la expedición de Túnez; por el contrario, tras el fracaso de Argel, Carlos V se «refugia» en España casi otros dos años, entre noviembre de 1541 y mayo de 1543. La relación entre España y norte de África también se advierte en todos y cada uno de los gobernadores que quedan al frente de los destinos de España en los períodos de ausencia de Carlos V. Jover lo estudió para el caso de la emperatriz Isabel quien, en la correspondencia que mantiene con su marido, plantea de manera continua los intereses de Castilla en tierras de Berbería como objetivo prioritario de lo que ella entiende como frontera mediterránea en sentido restringido, es decir, el litoral español y el norteafricano hasta Bugía¹⁰. De igual manera, es posible advertirlo en el gobierno del príncipe Felipe entre 1543 y 1548, cuando ha de asumir el gobierno de los reinos españoles ante la salida de Carlos V hacia Alemania. Felipe no cesará en advertir a su padre de los peligros que amenazan las posesiones españolas del norte de África, llegándole a pedir, en 1544, la firma de la paz con Francia y la unión de ambos Estados para oponerse juntos a la amenaza turco-berberisca¹¹. Con Maximiliano y María, entre 1548 y 1551, asistimos a una situación semejante, en la que la hija y el sobrino del Emperador se hacen portavoces de las inquietudes españolas ante la pujanza del corso argelino, a pesar de haberse firmado una tregua por cinco años con la Sublime Puerta en 1547 que, *a priori*, incluía la prohibición de las actividades corsarias tanto musulmanas como cristianas durante el tiempo de vigencia del acuerdo¹².

⁹ PÉREZ, J., *Carlos V*, Madrid, 1999.

¹⁰ JOVER, J. M., *Carlos V y...*, *op. cit.*, pp. 149-150.

¹¹ Este período del gobierno del príncipe Felipe y sus relaciones con el mundo norteafricano ya fue analizado en nuestro artículo ALONSO ACERO, B., y GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, J. L., «Alá en la Corte de un príncipe cristiano: el horizonte musulmán en la formación de Felipe II (1532-1557)», *Torre de los Lujanes*, 35 (1997), pp. 109-140.

¹² Sobre esta etapa del reinado carolino se recoge abundante información en RODRÍGUEZ RASO, R., *Maximiliano de Austria, gobernador de Carlos V en España. Cartas al Emperador*, Madrid, 1963. Remitimos igualmente

Y lo mismo tendremos la oportunidad de comprobar más adelante en la figura de Juana de Austria, hija menor de Carlos V y llamada a ocupar el gobierno de España desde 1554 hasta el definitivo regreso de Felipe II en 1559.

Pero que el norte de África sea eje prioritario en la lucha contra el Imperio Otomano también está justificado en gran medida por la relación de estos territorios con Italia. La defensa de las posesiones italianas y la vigilancia de las comunicaciones en el Mediterráneo central obligan al Emperador a desplegar su programa de control también en las tierras orientales de Berbería, llegando a tomar partido por la conquista de Túnez, fundamental para la defensa del eje Nápoles-Sicilia, en detrimento de la tan anhelada por los españoles conquista de Argel, mucho más beneficiosa para los intereses hispanos y que quedará como asignatura pendiente para los Austrias sucesores de Carlos V. Junto a la vertiente española e italiana de la cuestión norteafricana, lo que es evidente es que estas tierras del otro lado del Estrecho se configuran como escenario primordial de la lucha entre Cristiandad e Islam en el Mediterráneo. Reproduciendo en menor escala el enfrentamiento entre la cruz y la media luna, lo cierto es que el norte de África ofrece todos los componentes que esta guerra entre dos grandes imperios desvela en las aguas del *Mare Nostrum*, y esto es lo que vamos a analizar para la última década del reinado de Carlos V.

La tregua que, por un período de cinco años, firman en 1547 Cristiandad e Islam, a través de Carlos V y su hermano Fernando con el sultán otomano Solimán, se une a la que el Emperador ha pactado con Francia en 1544. Asegurados el frente del Danubio y del Mediterráneo, y con la garantía, al menos teórica, de que el francés no atacará por la retaguardia, Carlos V puede volcarse de lleno en Alemania, territorio de su legado patrimonial que en este momento requiere toda su atención ante el agravamiento del problema protestante. El norte de África queda en un segundo plano de la política carolina una vez más, si bien el Emperador se ha preocupado previamente de ponerlo a buen recaudo mediante las paces con Solimán, que con tanta fuerza recomienda continuar a su hijo en las instrucciones de gobierno que redacta para él en enero de 1548 desde Augsburg y en las advertencias que hace a Maximiliano y a María, al quedar ellos al frente del gobierno en España ante el inicio del *Felicitísimo Viaje* del Príncipe heredero. A esta altura de su reinado, Carlos V ya ha dejado de lado los anhelos de cruzado que le habían llevado en 1535 a Túnez y defiende la postura de que es más fructífero para la conservación de su imperio mantener la paz con el Islam que enfrentarse abiertamente a él. A su vez, al Gran Turco tampoco le interesa una guerra continua en el oeste, pues tiene que hacer frente también al problema que le plantea Persia en el este del Imperio. Sin embargo, y de una manera no casual, va a ser el norte de África la causa de la ruptura de estas treguas cuya defensa es tan cara al Emperador.

a nuestra comunicación al Congreso Internacional «Carlos V Europeísmo y Universalidad» que fue presentada el pasado mes de mayo bajo el título «Cristiandad *versus* Islam en el gobierno de Maximiliano y María (1548-1551)», actualmente en prensa.

Precisamente la situación de calma en la que queda el Mediterráneo tras la firma del acuerdo, sin el enfrentamiento de grandes armadas, favorece el auge de un corso cuya suspensión de actividades había sido acordado en la tregua. Las repúblicas corsarias como Argel que basaban su medio de vida en el robo con patente no podían pasar mucho tiempo sin realizar estas actividades en tan gran medida como eran capaces sus arráeces, aunque no hay que perder de vista el corso cristiano que también siguieron practicando en estos años los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén desde sus bases en Malta y Trípoli. El problema del auge del corso, ya muy evidente desde la aparición en escena de los hermanos Barbarroja en la primera década del siglo xvi y, en especial, desde la pérdida cristiana del peñón de Argel en 1529, será uno de los elementos fundamentales que marquen las dificultades de Carlos V en su política de control y conservación de los territorios norteafricanos. Esta cuestión se consolida como eje en torno al cual se articula la política del Emperador en el norte de África entre 1549 y 1558 hasta el punto de poderse afirmar que la lucha de Carlos V en el norte de África durante los años cincuenta es, ante todo, una batalla contra los corsarios argelinos.

En los primeros años de la década, Carlos V centrará la lucha contra el corso en la búsqueda y captura de Dragut y, ante el fracaso de esta empresa, dará luz verde en 1550 a la toma de Mahdia, refugio del intrépido corsario, cuyo sitio culminan con éxito Andrea Doria y el virrey de Sicilia, Juan de Vega, el 10 de septiembre de 1550. Unos meses antes, en abril, Argel había declarado a la Cristiandad la ruptura de hostilidades por su parte para así poder seguir ejerciendo un corso que en realidad no había dejado de practicar desde la firma del acuerdo en 1547. Si esto no había sido motivo para que Carlos V pusiera en entredicho la tregua, sí lo iba a ser la toma de Mahdia, que Solimán interpreta como un ataque directo a los acuerdos establecidos. Aunque el Emperador se esfuerce en intentar explicar a Solimán que la conquista de Mahdia no es fruto de una ambición expansionista en el norte de África, sino de un ataque contra un corsario que no ha respetado la tregua en ninguno de sus términos, lo cierto es que acaba de ofrecer a su adversario otomano la excusa que éste necesitaba para que sus flotas dejaran de estar ancladas en los puertos del Imperio con las pérdidas consiguientes ¹³. Cuando Carlos V no responda satisfactoriamente a las exigencias de Solimán de abandonar Mahdia de forma inmediata, ni al desmantelamiento de algunas fortificaciones en la frontera oriental de Alemania con el Imperio Otomano, las treguas entre Cristiandad e Islam quedarán rotas tanto en las aguas mediterráneas como en las llanuras danubianas. A pesar de los intentos del Emperador por mantener esta paz y por seguir asegurándose la neutralidad de una Francia que enseguida corre a ofrecer al Turco un apoyo que ni durante la Paz de Crepy ha dejado de brindarle, la pujanza del corso berberisco ha acabado por poner fin a un acuerdo que tanto convenía a

¹³ BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Madrid, 1993, II (1.ª ed., 1949), pp. 347-8.

sus necesidades de volcarse en Alemania. Pero estaba claro que por muy gravosa que esta ruptura fuera, Carlos no podía permanecer impasible ante el crecimiento de un peligro que, además de amenazar a las islas y costas españolas e italianas, y a las plazas cristianas en la costa norteafricana, estaba también poniendo en peligro las comunicaciones entre las distintas partes de su patrimonio territorial.

Decidido Solimán a reanudar las hostilidades contra el Emperador, procede a preparar su armada para el verano de 1551, lo que pone en alerta a un Carlos V que, desde Augsburgo, especifica a Felipe lo que debe hacer en el caso de que la flota otomana se acerque a Nápoles-Sicilia, a Berbería o a la costa francesa en busca de apoyos y avituallamiento¹⁴. En realidad, Solimán quería recuperar Mahdia, y sólo si esto no era factible acudir a Malta o, en su defecto, a Trípoli. El Gran Turco está siguiendo las recomendaciones francesas, que en absoluto se inclinaban por tomar una isla de difícil defensa en medio del Mediterráneo ni un enclave en la costa norteafricana demasiado alejado del área de influencia de las costas peninsulares italianas¹⁵. Dragut, ahora ya al servicio directo de Solimán y actuando bajo su pabellón desde finales de 1550, disuade a su patrón de hacer la empresa de Mahdia, porque, según su juicio, esta plaza se hallaba «muy fuerte»¹⁶. En su lugar, la armada de Sinán Pacha y Dragut se dirige a Malta que, como sede del corso cristiano de los caballeros hospitalarios, había propuesto Solimán como alternativa a Mahdia. Su asedio es levantado sin grandes dificultades por los defensores y no ha lugar a que Carlos envíe refuerzos. Gozzo sí cae en manos otomanas, pero por su pequeño tamaño y escaso botín, no se le concede demasiada importancia. El verdadero problema va a ser Trípoli, el Tripol de Berbería de las fuentes cristianas, que cae sin grandes dificultades en manos musulmanas el 15 de agosto de 1551 ante el pacto del maestre de la orden, Gaspar de Vallier, con su compatriota, el embajador francés ante el Turco, Aramon¹⁷, para entregar la plaza sin ofrecer resistencia. Su conquista viene a demostrar cómo la lucha entre Cristiandad e Islam en el Mediterráneo occidental se está convirtiendo en una guerra entre corsos. Carlos V, que se halla en Augsburgo cuando recibe la noticia de la pérdida de la plaza que había sido conquistada en 1510 y estaba, junto con Malta, defendida por la Orden

¹⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus Documental de Carlos V*, Salamanca, 1977, III, pp. 348-352. Carlos V a Felipe II. Augsburgo, 29 de julio de 1551.

¹⁵ VEINSTEIN, G., «Les préparatifs de la campagne navale de 1552 à travers les ordres du divan ottoman», *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée*, 1985, núm. 39, pp. 35-67.

¹⁶ AGS, GA, leg. 46, fol. 3, octubre de 1551. Avisos transmitidos por un espía en Corfú.

¹⁷ AGS, E, leg. 477, s.f. 8 de agosto de 1551. Carta de don Alonso de la Cueva, gobernador de La Goleta, informando de la caída de Trípoli y de la responsabilidad del maestre francés, convencido por el embajador. El pacto consistía en la entrega de la plaza sin resistencia a cambio de la libertad de sus habitantes. Aun así algunos bien pudieron ofrecerla, siendo llevados cautivos a los baños de Estambul [LANE-POOLE, S., *The Barbary Corsairs*, Connecticut, 1970 (1.ª ed., 1901)]. Fuera por auténtico deseo de castigo al traidor o por salvar la cara ante la Cristiandad, lo cierto es que Vallier fue llevado a Malta y encarcelado por el gran maestre de la Orden, siendo liberado en 1557 y nombrado gran baile de Lange (DESSPORTES, C., *Le Siège de Malte. Le grande défaite de Soliman le Magnifique*, 1565. Paris, 1999).

de San Juan desde 1530, reacciona contra Francia más que contra el propio Solimán. En realidad, no hay ninguna amenaza directa ni indirecta por su parte al Turco a quien, a pesar de la reciente finalización de la tregua, se quiere mantener lo más alejado posible de una eventual ofensiva en el Mediterráneo occidental. Con Francia, por el contrario, la paz de 1544 está hipotecada, y Carlos sabe que, si no hay también tregua con el Turco, Enrique II correrá antes o después a ofrecer sus apoyos a Solimán. El Emperador está seguro de que Trípoli ha sido entregada sin resistencia por un pacto previo entre franceses y lo va a considerar motivo suficiente para reiniciar la guerra contra el Estado vecino ¹⁸. Como en el caso del final de la paz con la Sublime Puerta, el norte de África se ha convertido en responsable último de una ruptura de tregua que a Carlos no le interesa en absoluto. El Emperador no duda en pedir explicaciones a Enrique II de su actitud en este suceso, a lo que el francés responde declinando toda responsabilidad (aporta incluso una carta de Solimán en la que le declara exento de cualquier competencia en esta empresa), y la hace recaer en el Gran Turco como represalia ante la no restitución de Mahdia, a lo que hay que unir las acciones llevadas a cabo por Fernando, rey de romanos, en Zolnoc y Transilvania ¹⁹. En línea con este testimonio, intentando disimular sus responsabilidades en la caída de Trípoli, el monarca francés escribe al Gran Maestre de Malta en diciembre de 1551 expresándole las consecuencias que esta pérdida podría reportar a la Orden en particular y a la Cristiandad en general ²⁰. Si hubiese sabido antes lo que se tramaba, explica Enrique II en esta carta que llega a poder de Carlos V a través de Simón Renard, su embajador en la capital francesa, habría enviado socorro como dice haber hecho siempre que la Orden se lo ha pedido. Ahora se compromete en la defensa de Malta, el último enclave mediterráneo que le queda a la Orden, con lo que el monarca francés no está sino asegurándose para un futuro inmediato el silencio y la colaboración de los caballeros hospitalarios.

Aunque Carlos V siente la pérdida de Trípoli como nueva constatación de la fuerza que está adquiriendo el corso turco-berberisco, no muestra ninguna intención de organizar una empresa para proceder a su recuperación. Es cierto que el hecho de que Trípoli haya caído en manos musulmanas significa que este corso tiene un punto más

¹⁸ AGS, GA, leg. 44, fol. 72. Carta de Carlos V desde Augsburgo, explicando al virrey de Cataluña los motivos que ha tenido para reiniciar la guerra contra Francia. El Emperador refiere como «loable entrega» la que ha hecho Vallier «sin averle dado asalto no batido la fuerza aun hasta el cordon», y critica también la ayuda que Francia presta a la armada otomana. Por estos motivos, a los que Carlos V une el tema de Parma que, siendo estado feudatario del Papa, se ha rebelado contra él con la ayuda de Francia, el Emperador declara la guerra «de aquí adelante al dicho Rey (de Francia) y a sus amigos confederados y aliados y a sus vasallos y bienes como de enemigos nuestros y de la yglesia, dammificandolos y maltratandolos como a tales en todo lo que se pudiere».

¹⁹ PAEZ DE CASTRO, J., *Anotaciones curiosas, y nombres de provincias y lugares, con los sucesos de Europa, desde el año de 1517 hasta el de 1556, que el doctor Juan Pérez para componer su historia escribió de su propia mano* (RBME, 8c. III. 10, fol. 133r).

²⁰ AGS, E, leg. 1489, B8, 54. Carta de Enrique II al Caballero de San Juan de Jerusalén, 1 de diciembre de 1551.

para anidar en la Berbería oriental, en el que también podrán repostar las naves de la flota franco-otomana en cuyo poder ha quedado el canal de Sicilia, con la consiguiente amenaza para las costas de Nápoles y Sicilia. Sin embargo, y a pesar de todo ello, el momento es harto delicado en las tierras centrales de su imperio y Carlos, aunque no deja de preocuparse por la vertiente meridional de su legado territorial, no puede permitirse ninguna reorientación en la política que está llevando a cabo en esos meses finales de 1551. Su máxima preocupación respecto al norte de África a partir de este momento será, además de intentar controlar en la medida de lo posible el auge de ese corso que están realizando las regencias berberiscas con el apoyo de la Sublime Puerta, defender las posesiones cristianas del otro lado del Estrecho de la latente amenaza de la armada otomana. Cuando se tema su acercamiento a estas latitudes, en compañía o no de los barcos de bandera francesa, se procederá a incrementar los envíos de soldados, pertrechos y vituallas que refuercen la defensa de estos presidios. En cuanto esta amenaza se aleje o se compruebe que definitivamente no se acerca a las costas de Berbería, cesarán los envíos y socorros. Ahora más que nunca Carlos V se ve en la necesidad de olvidar para el norte de África todo aquello que no sea política de control y contención, en la que incluso pueden sacrificarse los enclaves que suponen un incremento de los gastos de defensa destinados a este «Lejano Sur» sin que, por el contrario, se vea claramente su valía.

Esto es precisamente lo que va a pasar con la ciudad de África, en manos españolas desde septiembre de 1550, pero con graves problemas para mantener al millar de hombres que forman su guarnición con Sancho de Leyva al frente. Carlos V propone que los gastos de este nuevo presidio cristiano sean socorridos a partes iguales entre España, Nápoles y Sicilia, a lo que María de Austria, a la sazón gobernadora en España, replica que deberían ser las posesiones italianas las que se hicieran cargo del total de los gastos, dado que esta plaza las beneficia sobre todo a ellas²¹. El príncipe Felipe propone que la sustente la Orden de San Juan de Jerusalén, ahora libre de sus responsabilidades en la costa norteafricana tras la reciente pérdida de Trípoli, apoyando su sugerencia en que aunque no es una isla, como suele preferir la Orden, al menos mostró interés en esta plaza cuando estaban en Trípoli, queriendo permutarla²². No hay que olvidar, además, que los caballeros de la Orden habían participado en el largo sitio que precedió a su conquista. Más prudente, a tenor de lo sucedido en Trípoli, resulta la decisión de Carlos V de no tomar en serio la proposición de su hijo a este respecto, al no

²¹ RODRIGUEZ RASO, R., *Maximiliano de Austria...*, op. cit., pp. 278. María de Austria a Carlos V Valladolid, 4 de junio de 1551. En julio, se sigue discutiendo del asunto y, ante la imposibilidad de que Nápoles y Sicilia ni la propia Corona se hagan cargo de la consignación de los pagos a Mahdia, Carlos V se inclina a que ésta se haga por arrendamiento [FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., III, pp. 345-346. Carlos V a Felipe II. Augsburgo, 9 de julio de 1551].

²² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., III, p. 448. Felipe II a Carlos V. Madrid, 8 de junio de 1552.

fiarse en absoluto de la defensa de la plaza que puedan hacer unos caballeros entregados de forma bastante patente a la causa enemiga según su propio punto de vista ²³. Ante las dificultades en mantener esta plaza en unas mínimas condiciones de seguridad y abastecimiento, ya en septiembre de 1552, es decir, a los dos años justos de su conquista, el Emperador toma la decisión de dismantelar Mahdia, asolando su puerto y fortificaciones. El hecho de que la guarnición llevara amotinada desde julio por la falta de soldadas no iba a facilitar precisamente la conservación de la plaza. La gente de guerra se sentía dolida con Carlos V por tanto trabajo realizado sin recompensa alguna, y en noviembre llegan incluso a poner un ultimátum al príncipe Felipe: o llega el socorro en diciembre o desertarán, traspasando la frágil frontera entre Cristiandad e Islam en estas tierras de Berbería ²⁴.

¿Debemos entender esta decisión de Carlos V como una prueba del poco interés que a estas alturas de su reinado le suscitaba el norte de África? No hay que olvidar que el Emperador nunca planeó la conquista de Mahdia, sino que a él lo que más le preocupaba en esta década de los años cincuenta era la lucha contra el corso y sus protagonistas, en especial Dragut. Juan de Vega y Andrea Doria, comisionados por Carlos para intentar su captura en las aguas del Mediterráneo central, consiguieron recuperar para la Cristiandad Monastir y Susa, que habían sido tomadas poco antes por Dragut. Ante la relativa facilidad con la que habían resuelto estas conquistas, procedieron a plantear a Carlos V la posibilidad de tomar Mahdia, donde se refugiaba Dragut y el Emperador aceptó, pero no hay ningún rastro de interés en una política de conquistas en el norte de África por su parte y menos en estos años, con un panorama ya bien complejo en Europa y además con la tregua con el Turco en peligro, como hemos visto más arriba. Cuando, a los pocos meses, se empieza a comprobar lo gravoso que resulta su mantenimiento en condiciones aceptables, la decisión más honorable está clara: destruirla antes de que por no poder defenderla como merece caiga en manos del enemigo ²⁵. Esta resolución ignora los favorables informes que Sancho de Leyva

²³ «[...] ni menos entregarla a la Religion como se havia puesto en platica por algunas suficientes causas que podeys considerar que sy sucediesen seria total destruycion de esse reyno y de Napoles y las otras partes de Italia y fronteras que tenemos en Africa» (AGS, GA, leg. 46, fol. 167, octubre 1552. Copia de carta de Carlos V a Juan de Vega, virrey de Sicilia, sobre las causas del abandono de Mahdia).

²⁴ AGS, GA, leg. 46, fol. 140, 28 de noviembre de 1552. Carta de la gente de guerra de Mahdia. Como contrapartida, está la visión que Sancho de Leyva tiene del motín, a su juicio, sin motivo y minoritario, *al menos en origen* (AGS, E, leg. 477, s.f. 21 de julio de 1552).

²⁵ Aunque la decisión ya está tomada en septiembre de 1552, en realidad, el dismantelamiento de la plaza no se produce hasta el verano de 1554. En este intervalo de tiempo ocurren varios hechos de interés. Hernando de Acuña, artifice de la destrucción de la plaza, va a Bruselas para recibir instrucciones de Carlos V. Cuando ya está a punto de iniciar su cometido, se vuelve a sopesar la idea de ofrecer la plaza a la Orden de Malta, a lo que en esta ocasión sí da luz verde Carlos V, quizás buscando una última solución de emergencia que evite su no deseado abandono de la plaza. Pero la Orden, después de estudiar el presidio sobre el terreno, decide no quedarse con él. Tras negociar con los soldados amotinados, y apresurado por la proximidad de la armada franco-otomana que está en Córcega, Acuña procede a volar Mahdia. Sobre este tema del

había hecho llegar al Emperador sobre las utilidades de esta plaza ²⁶, que bien podía haber llegado a convertirse en bastión prioritario para la defensa de los intereses carolinos en Italia. Sin embargo, Carlos V no puede permitirse ningún experimento en el norte de África y prefiere dar vía libre al abandono, sin que por ello debamos interpretar que el Emperador se desentiende de las tierras de Berbería que, además de por su compromiso de conservación, cree necesario defender por los beneficios comerciales que reporta el trato con ellas.

Para España, los incentivos comerciales en el norte de África se evidencian de forma notoria a partir del siglo XIII, cuando numerosos mercaderes de la Corona de Aragón cruzan el Mediterráneo de norte a sur en su afán por acceder a los puertos berberiscos que actúan como puerta de salida hacia Europa de las atractivas mercancías que se obtienen en el interior del continente vecino. También para Castilla, desde el siglo XIV, es patente la disposición a comerciar con los puertos de Berbería y, a partir de la conquista de las islas Canarias, los intereses económicos llevan a realizar expediciones para capturar esclavos desde estos enclaves, así como operaciones de rescates comerciales ²⁷. Hacia 1552, las actividades comerciales entre puertos como Málaga, Cartagena, Cádiz o Gibraltar y otros allende el Estrecho como Ceuta, Tetuán o Larache reportan una entrada y salida de mercancías por valor de 80.000 ducados al año. Productos como los paños castellanos e ingleses, o la lencería de Portugal y Flandes encuentran abundantes mercados en Berbería, mientras que el cuero, la miel, el azúcar, la cera o los dátiles salen con fruición desde los puertos africanos camino de Europa ²⁸. Tan sabrosa es esta contratación que en 1552 se plantea la discusión entre seguir concediendo el monopolio de este comercio a las ciudades andaluzas, tal y como venía funcionando desde que los Reyes Católicos así lo establecieron en 1490 ²⁹, o abrir la contratación a asentistas. Carlos V sabe que éstos le ayudarían a hacer frente a los numerosos gastos

abandono de la ciudad de África véase, ALONSO CORTÉS, N., *Don Hernando de Acuña*, Valladolid, 1913; así como el estudio que se recoge en VILAR, J. B., *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Túnez, siglos XVI-XVII*, Madrid, 1998, pp. 140-146 y 436-445.

²⁶ AGS, E, leg. 477, s.f., 1552. Memoria y relación que el capitán Pedro de Moya ha de hacer a Carlos V de parte de Sancho de Leyva sobre el estado en el que ha hallado la ciudad de África. Carlos le responde refiriéndole que no se ha hecho caso a sus peticiones para socorrer la plaza porque ya se había tomado la decisión de derrocarla (AGS, GA, leg. 46, fol. 166, 30 de septiembre de 1552. Copia de carta de Carlos V a Sancho de Leyva, gobernador de Mahdia).

²⁷ Sobre las relaciones comerciales de la Corona de Aragón con el norte de África, véase MASIA DE ROS, A., *La Corona de Aragón y el norte de África*, Barcelona, 1954. Para el caso castellano, LÓPEZ DE COCA, J. E., «Relaciones mercantiles entre Granada y Berbería en la época de los Reyes Católicos», *Baética*, I, Granada, 1978, pp. 293-311; ídem, «Esclavos, alfaqueques y mercaderes en la frontera del mar de Alborán (1490-1516)», *Hispania*, 38 (1978), pp. 275-300; RUMEU DE ARMAS, A., *España en el África Atlántica*, Madrid, 1956.

²⁸ AGS, E, leg., 477, s.f. 1552. Mucha de esta documentación sobre asuntos comerciales fue recogida por RICARD, R., y LA VÉRONNE, Ch. de, *Les Sources inédites de l'histoire du Maroc, Archives et Bibliothèques d'Espagne*, París, 1956, II.

²⁹ AGS, E, leg. 477. s.f. Traslado de la bula de Inocencio VIII a los Reyes Católicos otorgada en 1490 para que las ciudades andaluzas pudieran comerciar libremente con los moros de Berbería.

que le supone el mantenimiento de sus territorios en el norte de África, pero que a cambio perderá las rentas ordinarias que se cobran a estas ciudades por dichas actividades comerciales. En un primer momento, se abre la posibilidad de contratar este comercio vía asiento, pero Málaga y Cádiz no tardan en elevar sus protestas a la Corte. Carlos V, temiendo las consecuencias de esta situación, decide dar marcha atrás y seguir las sugerencias del Consejo de Hacienda, favorable a la libre contratación, en tanto en cuanto se procede a calcular lo que sumaría la pérdida de las rentas ordinarias si se prohibiera contratar a las ciudades y la ganancia si al fin se procede al asiento. Felipe II le va pasando todos los informes a Carlos V, y con ellos en la mano el Emperador tomará una decisión definitiva ³⁰.

Al comercio entre Castilla y estos enclaves de la costa de Berbería hay que sumar el que se realiza a través de presidios cristianos como Orán que, con el paso del tiempo, desarrollan una estrecha relación con tribus musulmanas que colaboran en el abastecimiento de la plaza a cambio de la protección cristiana frente al intento de control otomano. Estas tribus se acabarán convirtiendo en un seguro imprescindible ante la progresiva imposibilidad de que desde España se abastezca de todos los productos que la población de estos presidios, sobre todo la guarnición, necesita para su supervivencia. En estos años finales del reinado de Carlos V, ya es patente el recurso a los productos que estas tribus de «moros de paz» entregan al gobernador de la plaza a cambio de protección y, también a través de una venta preferente a precios especiales. Algunos de estos productos, caso del trigo y la cebada, acabarán por entrar en tan gran cantidad que no sólo lograrán satisfacer las necesidades de las guarniciones, sino que la Corona los empleará para abastecer a ciudades españolas, a las poblaciones de guardas y fronteras y a las tripulaciones de las galeras al servicio del rey. El interés, por tanto, en conservar estas plazas, algunas de las cuales acabarán convirtiéndose en auténticos graneros de la Monarquía de Felipe II y Felipe III, es evidente ³¹.

Pero en 1552 otra noticia que llega de Berbería sacude a un Carlos V ya bastante intranquilo con el desarrollo de los acontecimientos en Alemania. Tremecén, en manos del Xarife, Muhammad ash-Shaykh, desde 1550, ha sido tomada por el bey de Argel, Hassan Corso, con ayuda otomana y con la colaboración de elementos locales adversarios a su gobernador, Abu Abd-Allah. Que Tremecén esté en manos de Argel, junto a la reciente caída de Trípoli, hace reflexionar al Emperador sobre el peligro que puede

³⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., III, p. 551. Carlos V a Felipe II. Metz, 25 de diciembre de 1552. Lo cierto es que ya en abril de 1549 Carlos V había ordenado el bloqueo comercial como primera estrategia para frenar las ansias expansionistas del Xarife sa'di, Muhammad ash-Shaykh. El Emperador había prohibido a los comerciantes de España y de los Estados de la Cristiandad aliados con él contratar en los puertos que el Xarife tenía en el norte de África, entre los que se encuentran Larache y Salé, pero en marzo de 1550 se le comunica que allí se han visto portugueses y franceses comprando y vendiendo diversas mercancías.

³¹ Sobre el caso de Orán, ALONSO ACERO, B., *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*, Madrid, 2000.

derivarse de una entrada eficaz de la alianza argelino-otomana en las tierras dominadas por el Xarife. Sin embargo, cuando Bou Hassoun, rey del Dugudu, va hasta Alemania para pedirle ayuda *in situ* para recuperar su reino, usurpado por el Xarife, el Emperador no le hace mucho caso, ante lo cual Hassoun se acaba aliando con Portugal. Lo cierto es que Carlos V accede sólo a aquellos pactos de vasallaje que cree que le reportarán algún beneficio, y, en su selección, estos reinos pequeños como Vélez o Dugudú, pertenecientes a la esfera de influencia de Portugal, no ofrecen grandes alicientes, mientras que, por el contrario, pueden arrastrar a una guerra contra el Xarife que al Emperador no le interesa en absoluto. Carlos sabe de la escasa fiabilidad que tienen estos pactos con autoridades musulmanas, como lo ha comprobado con el rey de Túnez, que, a pesar de lo estipulado en el acuerdo con él firmado en 1550, no está pagando las parias debidas y, además, da cobijo a la flota otomana en sus costas y la avitualla, aunque, según el monarca hafsí, sólo para disimular ante la Sublime Puerta su pacto con los cristianos³². Es esta armada otomana la que, junto al gran auge del corso, cada vez preocupa más al Emperador en relación con sus posesiones norteafricanas e italianas, sobre todo cuando ésta se une a los barcos franceses, a pesar de que los intereses de unos y otros se mostraban cada vez más encontrados. En 1552 ya se había comprobado que las posturas mantenidas por franceses y turcos eran ciertamente irreconciliables. Francia, envuelta en una guerra abierta contra el Emperador, deseaba atacar sus intereses y posesiones allí donde fuera posible³³, mientras que las naves otomanas y argelinas, como barcos en los que el papel predominante lo tenían los arráeces corsarios, no buscaban tanto las operaciones de conquista, sino ataques breves que culminaran con la obtención de suculentos botines, abandonando luego a su suerte los territorios atacados. Las naves de Sinán Pacha y de Dragut habían conseguido dar alcance a las de Andrea Doria frente a la isla de Ponza, pero, quizás sobornados por los propios genoveses o por españoles³⁴, abandonan rápido el lugar, convencidos de que sus aliados galos no llegarán a tiempo para demostrar la efectividad de su apoyo. En realidad, a los franceses lo que les interesaba era tomar Nápoles, dando un golpe de efecto al Emperador en sus posesiones mediterráneas, pero en este objetivo no iban a encontrar el apoyo de Sinán.

La única baza de Carlos V en el Mediterráneo ante el gran peligro que se desprende de la unión de las flotas francesas y otomanas es precisamente que las disensiones entre las dos partes perduren e incluso se agraven más, y tal como están las cosas en el verano de 1553 parece que el desarrollo de los acontecimientos va a favorecer los deseos del Emperador. Dragut se queja del mal trato de los embajadores franceses,

³² AGS, E, leg. 478, fols. 166-167, 17 de septiembre de 1553. Carta de Alonso de la Cueva, gobernador de La Goleta.

³³ AGS, E, leg. 1.489, B 98, núm. 72, 1553. Francia comunica al Turco que procura hacer el mal que puede contra las cosas de Carlos V y que los venecianos apoyan a turcos y franceses y no al Emperador.

³⁴ VEINSTEIN, G., «Les préparatifs de la campagne...», *op. cit.*, p. 60.

que no cumplen sus promesas con él «ni los dineros ni otras cosas de las que le prometieron»³⁵, pero igualmente estima injusto el trato que se da a los musulmanes privados de libertad en Francia, mientras que en Turquía los franceses cautivos por su condición de cristianos han sido liberados. Sin embargo, y a pesar de estas diferencias, ambas armadas se ponen de acuerdo en este verano: Córcega, feudo de Génova, iba a ser el objetivo de la flota enemiga. De acuerdo con el pacto previo al que se había llegado, los turcos se quedarían con el botín humano y de galeras que se obtuviera, mientras que las fuerzas y la artillería serían para los franceses, claro indicativo de los intereses que realmente movían a unos y a otros en estas operaciones marítimas conjuntas³⁶. Así, mientras que las naves otomanas y argelinas se marchan pronto de la isla con un suculento botín de cautivos, los franceses se quedan, para mayor preocupación de Carlos V y de Felipe II, que ven cómo la isla que es «paraje y recurso de toda la contractacion de Italia» ha caído en manos enemigas³⁷. ¿Qué hace Carlos V ante el ataque a Córcega? El Emperador, en Bruselas en el verano de 1553, aún se encuentra muy afectado por los desgraciados sucesos de Innsbruck y Metz. Según Rady³⁸, en este año, Carlos V, desmoralizado por un problema alemán que se le va de las manos ahora que los protestantes cuentan con el apoyo francés, y con una salud muy resquebrajada, se muestra especialmente incapaz de hacer frente a tantos asuntos políticos que reclaman su atención. Felipe II tendrá que hacerse cargo de la resolución de los problemas que se suceden en el Mediterráneo, aunque esto no significa que Carlos no sea informado de las decisiones que toma su hijo y que le responda dando o no su aprobación. La prioridad es ayudar a Génova, demostrándole la efectiva protección y amparo que espera de Carlos V ante la necesidad e interés que se tiene de seguir contando con la ayuda de los Doria para la defensa del Mediterráneo. La recuperación de Córcega es fundamental para restablecer las comunicaciones entre España e Italia, por lo que Carlos V no duda en dar el visto bueno al socorro de las galeras de Bernardino de Mendoza que Felipe ha decidido enviar a la isla³⁹.

Lo cierto es que durante el período en que el príncipe Felipe ha sido gobernador en España, desde noviembre de 1551 a marzo de 1554, la dinámica que padre e hijo han seguido respecto a la política norteafricana ha mantenido unas coordenadas bien diferentes a las que podemos observar para 1543-1548, primera vez que quedan en

³⁵ AGS, E, leg. 478, fol. 100, 1553. Francia está pagando en estos años unos mil ducados mensuales por cada galera argelina. Al ser artífice de los pagos, considera que tiene prioridad a la hora de decidir a dónde se dirigirán las operaciones navales conjuntas.

³⁶ AGS, E, leg. 478, fol. 98, 1553. «Relation de una persona que anduvo en el armada desde el tiempo que llevo a Modon hasta que embarcó la gente en el Senes para yr a Corçega que fue en xx y xxi de agosto de 1553.»

³⁷ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., III, pp. 620. Felipe II a Carlos V. Valladolid, 11 de noviembre de 1553.

³⁸ RADY, M., *Carlos V*, Madrid, 1991 (1.ª ed. inglesa, 1988).

³⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., III, p. 644. Carlos V a Felipe II. Bruselas, 30 de diciembre de 1553.

manos de Felipe las riendas del gobierno de España. En esta etapa, Felipe, más joven e inexperto, se había ocupado preferentemente de las labores de intendencia de la frontera mediterránea del Imperio Carolino. Con los informes que él mismo recibía y los que le daba a conocer Carlos V, Felipe opinaba sobre cuáles eran las prioridades en esta labor de defensa y control de las costas españolas, italianas y norteafricanas y, de acuerdo con la situación económica de los reinos españoles, comunicaba a su padre la viabilidad o no de poner en marcha las operaciones que aconsejaba su padre en relación con estas latitudes de su legado patrimonial. Ante la cercanía con que vive las angustias y preocupaciones de los españoles por la amenaza que les llega desde el norte de África, el Príncipe se había esforzado en conseguir ayudas efectivas del Emperador para las costas y guardas de la Península, y no dudó incluso en recomendar la paz con Francia como único medio eficaz para oponerse con garantías al Turco. En 1551-1554, por el contrario, Felipe ya ha tenido ocasión de entrar en contacto directo con los problemas que tiene el Imperio Carolino en Alemania y en los Países Bajos y, aunque sigue estimando la gravedad del problema en el horizonte norteafricano, opta, cada vez con más fuerza, por relegar este frente de acción a un segundo plano, como también su padre se había visto obligado a hacer. Ya no hay por parte de Felipe una opción clara por hacer valer delante de su padre los intereses de los españoles en Berbería, como había ocurrido en los años cuarenta. Ahora funcionan con más fuerza otras cuestiones políticas en la mente del heredero y las tierras de allende el Estrecho no encuentran en el Gobernador español a tan buen defensor como antes. En estos años se observa cómo Carlos V confía cada vez más en las decisiones políticas de su hijo respecto al norte de África porque, cansado y abrumado por los problemas que se agolpan en los territorios de su imperio, no tiene más remedio que liberar algunas responsabilidades políticas en quien algún día habrá de hacerse cargo de todas estas cuestiones. Las reticencias de Felipe a actuar en el Magreb disuadirán a Carlos V de dar mayor empuje a su política norteafricana, tendiendo a esforzarse sólo en controlar, del corso y de los avances de las flotas enemigas, lo que él considera de mayor peligro en estos años cincuenta. Carlos V consulta a su hijo antes de tomar una decisión respecto al norte de África y, en bastantes ocasiones, se deja guiar por los consejos filiales, aunque mientras él siga siendo el Emperador la última palabra será siempre la suya.

Durante el gobierno de Juana de Austria, a partir de marzo de 1554, ante la marcha de Felipe a Inglaterra para casarse con María Tudor, se produce una indudable inflexión en la forma de encarar la política norteafricana, en la que el desarrollo de los acontecimientos puede llevar, incluso, a vulnerar los presupuestos de control y contención que Carlos V se había visto obligado a articular para las tierras de Berbería a tenor de la progresiva complicación de los asuntos políticos europeos. Juana va a responder, mejor que nadie, al prototipo que antes referíamos de familiar del Emperador que, desde su posición en Castilla, defiende los intereses de los españoles en el norte de África oponiéndose, si es necesario, a las órdenes emanadas de Carlos V o de su hermano

mayor, Felipe. Cuando la menor de las hijas del Emperador se hace cargo del gobierno de España, la situación en las tierras nortañas del continente vecino no es especialmente halagüeña: la proyección de Argel sobre los reinos de Marruecos acaba de hacerse aún más real con la conquista argelina de Fez, con ayuda del rey de Vélez. Aunque esto significa tener más cerca de España al Turco, Carlos V no toma ninguna resolución al respecto. Juana le va a pedir permiso para actuar en Berbería, ante lo cual Carlos consulta, también en ese asunto, a Felipe. El heredero responde lamentándose de la ocupación de Fez, pero estima mucho más importantes y acuciantes los problemas presentados en Italia y Francia, por lo que aconseja a su padre negar el permiso que Juana solicita. El Emperador ve con buenos ojos este parecer y envía a su hija la resolución recomendada por Felipe, como si fuera él mismo quien la hubiera tomado, lo que puede demostrar tanto el grado de confianza que tiene en el olfato político de su hijo, como su incapacidad de hacer frente por sí solo a tantos frentes abiertos con la consecuente delegación de alguno de ellos en su heredero. Tampoco hay una decisión efectiva por parte del Emperador ante la noticia de que el bey de Argel, Salah Reis, ha ofrecido su alianza al Xarife cuando la situación en Fez se torna desfavorable para los intereses argelinos. Carlos V no puede permitirse actuar en el norte de África cada vez que la situación adquiere tintes de gravedad más o menos reales. En este sentido, la política del Emperador no es en absoluto de anticipación hacia lo que pueda acontecer en estas latitudes, sino más bien todo lo contrario. Los riesgos de esta forma de actuación son evidentes, pero el conocimiento de las circunstancias que enmarcan los hechos puede disminuirlos o, al menos, aligerarlos en cierta medida. Y eso es lo que ocurre con Carlos V. Buen conocedor de las estrategias de sus adversarios en Berbería, el Emperador puede permitirse no actuar cuando todo apunta a que debería hacerlo para evitar males mayores. En el caso referido, Carlos sabe de la imposibilidad de reconciliar los intereses del Xarife y de Salah Reis, por lo que se puede permitir tomar la decisión de no inmiscuirse en este asunto para llevar a alguna de las dos partes a su terreno.

En el gobierno de Juana también va a estallar con fuerza un problema que está agravándose en el norte de África desde hace años. La situación de los presidios españoles adquiere en 1554 unos tintes especialmente dramáticos, resultado de la situación de progresivo deterioro a la que se han visto sometidos desde poco después de su conquista a fines del siglo xv o en los primeros años de la centuria que nos ocupa. Melilla, Mazalquivir, Orán, La Goleta, Bugía y, ya por poco tiempo también, Mahdia sufren cada vez con más intensidad las consecuencias de la fórmula de ocupación restringida del espacio con que los españoles entraron en las tierras del otro lado del Estrecho. Ante la escasa amplitud de los terrenos dominados, que impide el deseado autoabastecimiento de las plazas, y con unas finanzas cada vez menos saneadas para hacer frente a los múltiples gastos del imperio, que imposibilitan enviar desde España el dinero, alimentos y pertrechos necesarios, estos presidios tendrán graves dificultades para mantener el control que se espera que ellos ejerzan sobre las latitudes norteafricanas. Desde el inicio

de la década de los años cincuenta, la falta de pagas, de abastecimientos, de reparos de fortificaciones que se vienen abajo es cada vez más evidente. En ocasiones, como ocurre en Orán o en Bugía, las sospechas recaen sobre posibles actuaciones irregulares de sus gobernadores, a los que en esta fecha se realizan visitas que intentarán sacar a la luz la verdad o la mentira de las acusaciones que sobre ellos se han vertido ⁴⁰. Pero, más allá de estas quejas contra las cúpulas del poder, lo que se discute en España en este año de 1554 es la valía de estos presidios en su papel de control y defensa de la pujante amenaza del corso turco-berberisco en las aguas y costas del Mediterráneo occidental. Los consejeros de Estado y Guerra no tienen dificultad en ponerse de acuerdo en que, desde luego, tal y como están no sirven de mucho en su objetivo prioritario. Por ello, o se procede a reforzarlos, o se abandonan definitivamente por ser en exceso gravosos para las arcas reales y haber quedado obsoletos en relación con los cometidos para los que fueron anexionados en su día. Ante este debate general, la posición del Emperador, muy consecuente con la línea general de contención que ha seguido a lo largo de su reinado, no va a ser en absoluto esclarecedora. Por un lado, no puede ceder ante las presiones que intentan que abandone en bloque territorios que forman parte de su herencia patrimonial y que él tiene obligación de conservar y transmitir intactos a su heredero. Por otro, consiente en que la situación financiera de su imperio, muy deficitaria en esta última década de su reinado y en especial desde 1554, no le permite reforzar estos presidios para que dejen de padecer todas las precariedades que al presente sufren y que pueden dar al traste con ellos ⁴¹. Estas razones, que Carlos V ya había vislumbrado en alguna medida desde las primeras décadas de su reinado, son las que le llevaron a incentivar una política de pactos con autoridades musulmanas y de creación de Estados-tapón que dificultaran la conquista de los presidios cristianos por los adversarios bajo influencia otomana. Pero estas medidas no habían dado el resultado deseado y, llegados a estas alturas del quinientos, poco podía hacer Carlos V para abrir una vía de esperanza a las guarniciones de estas plazas. La única solución factible y que iba a contar con la anuencia del Emperador sería reactivar las relaciones de colaboración con los musulmanes —y, a veces, también con los judíos— del entorno, los únicos

⁴⁰ Para el caso de Bugía, las quejas de los soldados sobre su gobernador don Luis de Peralta van referidas en su mayoría a incursiones de éste en comercio y negocios ilícitos, tanto con moros de paz como de lo que se envía desde España (AGS, GA, leg. 58, fols. 172 y 174). don Martín de Córdoba y Velasco, conde de Alcaudete, gobernador del doble presidio de Orán-Mazalquivir, tendrá que hacer frente a una visita muy exhaustiva cuyos despachos han sido cuidadosamente preparados en España, abarcando desde negocios ilegales a sobornos a judíos oranenses, pasando por malversación de fondos, abusos sobre musulmanes y sacas ilegales de grano (AGS, GA, leg. 58, fol. 118). Sobre este tema, véase la ponencia de SCHAUB, J. F., «El lado oscuro de la epopeya: Alcaudete en Orán», en el Congreso Internacional «Carlos V. Europeísmo y Universalidad» (en prensa).

⁴¹ Según el estudio de R. Carande, los asientos contratados para el viaje de Felipe II a Inglaterra para contraer matrimonio con María Tudor acaban por desangrar las arcas castellanas, por lo que en 1554 y 1555 se intentará obtener en Italia todos los fondos que desde España ya no pueden llegar para el sustento de los gastos imperiales [CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, Barcelona, 1987, III (1.ª ed., 1967)].

capaces de abastecer a estas plazas de los productos que carecían y que no se les podían enviar desde España. Los presidios que recurrieron a esta fórmula, aunque fuera traicionando el ideal de lucha contra el Islam con el que los cristianos penetraron en el norte de África, serían los únicos que sobrevivirían al paso del tiempo, caso de Orán y Mazalquivir, plazas que logran estar en manos españolas con más o menos dificultades, hasta 1708 y, en una segunda etapa de ocupación, entre 1732 y 1792.

En medio de esta discusión sobre la viabilidad del mantenimiento de los presidios españoles de Berbería, los acontecimientos se precipitan para desembocar, en el verano de 1555, en la pérdida de Bugía. Precisamente por haberse producido en un momento tan delicado, cuando los españoles claman por una solución para los presidios y se confía en que Juana sea la más enérgica defensora de sus intereses en el norte de África, la caída de Bugía en manos argelinas sacude con especial intensidad los ánimos de los habitantes de los reinos hispánicos. Lo cierto es que en Bugía son demasiadas circunstancias desfavorables las que al final acaban dando al traste con un punto estratégico para el control cristiano del Mediterráneo central y la defensa de las posesiones italianas. Las quejas de la guarnición sobre el gobernador y capitán general de la plaza, Alonso de Peralta, ya habían dado lugar a que se llevara sobre él una visita, que Luis Godínez de Alcaraz había iniciado en 1554. La plaza, conquistada en 1510, no había sido dotada con las impresionantes fortificaciones que sí iban a merecer otros presidios españoles, caso del castillo de Mazalquivir o del de Rosalcázar, en Orán. A ello hay que unir la precaria situación de la guarnición, con graves retrasos de sus pagas y con evidentes carencias en su alimentación y uniforme, motivo por el cual la desertión era una salida frecuente y común para estos soldados que prefieren sobrevivir, aunque sea renegando de su religión y de su servicio al rey con las armas, antes que seguir anclados en una existencia de penurias diarias. Ante tales circunstancias, cuando las flotas de Salah Reis se desplazan a Bugía, no hay suficiente guarnición para defender la plaza, y los soldados que quedan no son siempre los mejores. Las recientes lluvias favorecen que los barcos argelinos lleguen hasta el interior de la plaza y se procede a un sitio excepcionalmente efectivo: los primeros fuegos enemigos traspasan los muros del castillo imperial, lo que lleva al gobernador y a sus oficiales a tomar la decisión de volarlo antes de que caiga en poder del adversario. Aunque Juana ordena el envío de un urgente socorro de galeras, poco se podrá hacer ante la capitulación de Alonso de Peralta en presencia de Salah Reis ⁴².

La pérdida de Bugía, como nueva demostración de la suerte que está corriendo la aventura española en el «Lejano Sur» con el paso del tiempo, lleva a los españoles

⁴² «Dizen que se dieron a partido, unos dizen con que pudiesen salir CL honbres con el capitan quales les pareciere, otros dizen que quarenta mugeres y niños. No sabemos lo cierto del partido enpero por nuestros pecados este rey entro el sabado vispera de sant miguel en bugia, a la puerta della le dieron por colaçion los cinquenta y dos mill ducados que llebavan para la paga della y de la goleta secretos [...]» (AGS, GA, leg. 59, fol. 139, 30 de septiembre de 1555. Copia de una carta de Jerónimo Díaz Sánchez, que está en Argel rescatando cautivos por orden del rey de Portugal, al conde de Alcaudete).

y a Juana en su nombre a una reacción sin precedentes, que empezará por pedir la cabeza de Alonso de Peralta como responsable final de la pérdida de la plaza. Para los habitantes de los reinos hispánicos, la caída de Bugía en manos del corso turco-berberisco suponía la definitiva constatación del fracaso de la España que durante siglos se había conformado a sí misma luchando contra el Islam y que había pulido a sus más altos oficiales militares en guerra abierta contra el musulmán. La proyección africanista de España, con los intereses y necesidades que llevan a dar el salto del Estrecho tras 1492, sufre el más serio de los reveses hasta el momento, porque los habitantes de Castilla, en especial, no pueden seguir contemplando por más tiempo cómo los territorios que ellos mismos o sus padres habían tomado a principios de siglo, convirtiendo la costa norteafricana en un rosario de puertos cristianos, ahora se iban perdiendo inexorablemente uno a uno, sin que nada ni nadie fuera capaz de poner remedio a tan dramática situación. Los temores hacia la amenaza musulmana en forma de ataque corsario o de una nueva invasión peninsular se hacen ahora más fuertes y Juana, apoyada sin vacilaciones por los Consejos de Estado y Guerra, es quien va a recoger el sentir popular. Lo que se pide con insistencia es la recuperación de la plaza perdida, si es posible antes de que llegue el invierno y, desde España, Juana aboga por una gran empresa que no sólo tenga como objetivo el dominio de Bugía, sino que también recoja la eterna aspiración castellana, Argel. Esto no significa sino que, llegados al límite de la desilusión por los acontecimientos acaecidos en el norte de África, los españoles querían restañar las heridas abiertas de la forma más triunfal y definitiva posible, con la conquista del epicentro del corso turco-berberisco y de la ciudad que verdaderamente amenazaba la normalidad de sus vidas cotidianas. Si se llegaba a contar con la ayuda ofrecida por el Xarife, que había recuperado Fez, echando a las tropas argelinas de sus dominios, esta empresa podía ser aún más factible. Además, la llegada de algunas partidas de metal precioso procedente de las minas de Guadalcanal estaba suponiendo la posibilidad de hacer llegar algunos pagos a las fronteras de África, lo que también animaba a hacer posible la empresa africana. Juana espera la respuesta de Felipe, pero ésta se demora y, ante la perentoria necesidad de canalizar los deseos de revancha de los españoles en Berbería, la Gobernadora opta por recurrir a la movilización de los habitantes de Castilla y Aragón, que se vuelcan en ofrecer toda la ayuda económica y logística que está a su alcance para que la recuperación de Bugía y la conquista de Argel sean una realidad ⁴³. Juana se está arriesgando mucho tomando una serie de decisiones que no cuentan con el beneplácito directo de la cabeza de la Monarquía, pero piensa que quizás forzando en alguna medida los hechos podrá situar al heredero a

⁴³ «Vista la necessidad que ay para la seguridad destos Reynos e de los otros que V. M. tiene en el mar mediterraneo que Bugia se recupere e Oran se conserve y defienda e Argel se procure de ganar e las necessidades que V. M. tiene para no poder hazer esta empresa a su costa y que quanto mas se dilatare en hazer sera mas dificultosa y costosa y deseando relevar a V. M. de todo el trabajo y costa que se pudiesse [...]» (AGS, E, leg. 109, fol. 124, Valladolid, 26 de diciembre de 1555). En pocos meses, empiezan a llegar a la corte los ofrecimientos de ayudas de diferentes ciudades, instituciones y personas particulares, como

favor de una nueva empresa en el norte de África que él mismo encabece, emulando a su progenitor, como nuevo Escipión Africano en los arenales berberiscos. En estos momentos, ante la franca decrepitud de un Emperador que pone en marcha el mecanismo de las abdicaciones en Bruselas, es ya Felipe quien ata y desata en los asuntos norteafricanos, de tal forma que la correspondencia sobre estos temas emanada desde la corte de Juana en Valladolid tiene a Felipe como receptor y no a Carlos. De este modo, la sucesión entre Carlos V y Felipe II tiene como telón de fondo en el norte de África el dramático asunto de la pérdida de Bugía y la consiguiente empresa de recuperación de la plaza y de conquista de Argel.

Ante las noticias que llegan de España en los últimos meses de 1555 y en enero de 1556, respecto a la rapidez con que todo se está poniendo en marcha para llevar a cabo la empresa deseada en el verano siguiente ⁴⁴, a Felipe no le queda más remedio que aceptar los hechos consumados y mostrar su disposición para que sigan adelante con su apoyo. La táctica de Juana parece haber dado resultado, máxime cuando en febrero España y Francia alcanzan un acuerdo por cinco años, que libera provisionalmente a Felipe de uno de los principales focos de tensión en Europa. Si el nuevo monarca español no quiere empezar su reinado poniéndose en contra de la intención prioritaria de sus súbditos de los reinos hispánicos en ese momento, deberá regresar a tierras peninsulares cuanto antes, y mientras tanto hacer alguna declaración abierta de su apoyo a esta misión, lo que también se pide a Carlos V, aunque ya haya delegado el gobierno de sus reinos hispánicos en Felipe ⁴⁵. Sin embargo, los meses comienzan a sucederse deprisa y Felipe no viene a España a encabezar la empresa norteafricana. Los españoles pasan de la euforia al desencanto, y éste no tardará en trocarse de nuevo en resentimiento e impotencia cuando, en agosto de 1556, lleguen alarmantes noticias desde el otro lado del Estrecho. Orán, la plaza española por excelencia en el norte de África y objetivo expreso de Argel desde la toma de Bugía en septiembre de 1555, acaba de ser sitiada. Juana ya se había preocupado en los meses finales de 1555 de fortalecer la plaza con el envío de soldados extraordinarios, municiones y pertrechos ante la inminente posibilidad de un ataque desde Argel ⁴⁶. En junio de 1556, al recibir

los setecientos infantes pagados por tres meses que ofrece Toledo, los doscientos cincuenta de Lorca o el trigo que da el dean de la iglesia de Cartagena (AGS, GA, leg. 64, fols. 240-241, y 243).

⁴⁴ Buena muestra de ello es que, a fecha de dos de enero de 1556, se da vía libre a la cédula por la cual se procederá al pago de los reclutadores «para la recuperación de bugia y toma de argel y defensa de oran y maçarquibir» (AGS, Dirección General del Tesoro, Inventario 24, leg. 561, 2.ª parte).

⁴⁵ Como refiere Juan Martínez Silíceo, arzobispo de Toledo, que contribuye a la empresa con dinero, queriendo emular a su antecesor Cisneros, inspirador de la entrada de España en Orán en 1509: «[...] para hazer la jornada avia de preceder ante todas cosas la voluntad del enperador y rey nuestro señor en la qual hasta agora no se le a manifestado ni save sin son servidos que haga la dicha jornada pero presupuesto que es servio de dios y de sus magestades dize que cumplira [...]» [AGS, E, leg. 113, fol. 107. Copia de lo que ha pasado con el cardenal de Toledo en el negocio de Bugia hasta 21 de marzo (de 1556)].

⁴⁶ AGS, GA, leg. 60, fol. 98, 21 de octubre de 1555. Carta de dos judíos espías en Argel a Jacob Cansino, judío de Orán, sobre un inminente ataque a Orán. Informan de que Salah Reis irá sobre esa ciudad

noticias de Nápoles y Sicilia sobre la proximidad de barcos otomanos en dirección a Argel, pide auxilio de galeras, que deben de estar disponibles por haber treguas con Francia. Los esfuerzos por prevenir a Orán de un posible ataque van sustituyendo a una empresa para la recuperación de Bugía y la toma de Argel que, en este mes, la propia Juana reconoce atrasada y poco viable, «porque se va ya enfriando la voluntad con que las gentes ayudaban para esto con que la perdida era fresca»⁴⁷.

Mucho hubieron de agradecer los habitantes de Orán las ayudas que se habían enviado los meses anteriores al inicio del sitio porque esto, unido a la pericia del conde de Alcaudete al organizar la defensa de la plaza, fue la baza fundamental que pudieron oponer los españoles frente a un ataque que, cierto es, ya venía condicionado desde su propia base por la muerte por peste de Salah Rais cuando ya se habían movilizado numerosas galeras turcas y corsarias, cuatro mil otomanos y alrededor de seis mil argelinos para participar en la operación. Las luchas de poder entre Hassan Corso y Muley Hamet para alcanzar el puesto de nuevo bey argelino dificultaron una operación que, al final, sólo duró una semana y que concluyó con el levantamiento del asedio sin grandes pérdidas para los sitiados⁴⁸.

Este afortunado desenlace evita a los españoles un nuevo descalabro respecto a sus perspectivas norteafricanas, pero los últimos sucesos obligan a hacerse pocas ilusiones sobre un posible cambio de actitud del nuevo Monarca respecto a este frente de su legado patrimonial. Lo cierto es que, de la misma forma que Felipe no se había involucrado en la recuperación de Bugía, privilegiando el envío de dinero y galeras contra Francia e Italia, tampoco se había mostrado claramente abierto a un socorro a Orán, permitiendo sólo en el último momento el envío de un corto número de galeras. Parecía como si los objetivos de control y conservación defendidos por Carlos V durante todo su reinado con mayor o menor fortuna estuvieran quedando abiertamente relegados ante los crecientes problemas europeos. Todo el cuidado y precaución que el Emperador había mostrado para adecuar los presupuestos de su política norteafricana a los frentes bélicos abiertos en Europa, dejando esta vertiente de su imperio en segundo plano pero sin olvidarse nunca de ella por completo, se esfumaba en manos de un heredero que estaba tan involucrado en la solución de los problemas en el frente norte de la Monarquía que apenas prestaba atención a la vieja aspiración africana de los españoles. Es quizás por esta razón por la que Carlos se ve obligado a hacer una defensa pública

en cuanto pase la pascua musulmana (26 de octubre), sin esperar siquiera a la próxima primavera. Ante estos avisos alarmantes, que se suceden tras la conquista de Bugía, se decide aumentar la defensa de la plaza de Orán, en previsión del posible ataque argelino.

⁴⁷ AGS, E, leg. 112, fol. 116. Carta de Juana de Austria a Felipe II, Valladolid, 12 de junio de 1556.

⁴⁸ Según Rodríguez Salgado, la causa del rápido final del asedio pudo deberse a las órdenes dictadas por el sultán Solimán, exigiendo la retirada de los barcos otomanos de estas latitudes, ante la necesidad de utilizarlos para hacer frente a los problemas internos del Imperio Otomano. Sin la participación de las galeras otomanas, las más numerosas en el asedio de Orán, poco podían hacer las naves de corsarios de Argel (RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición...*, op. cit., Barcelona, 1992, p. 409).

de estos territorios norteafricanos que acaba de heredar Felipe al poco tiempo de pisar suelo español, camino a su último retiro de Yuste. Sus largos años de conocimiento de las formas de actuación y tácticas empleadas por turcos y berberiscos le llevan a intuir un nuevo ataque sobre Orán para la primavera o el verano de 1557, ante lo cual inquiere que esta plaza ya vaya siendo provista de todo lo necesario para que pueda repeler un ataque enemigo, y añade «pues si se perdiese no querria hallarme en España ni en las Indias sino donde no lo oyese, por la grande afrenta quel Rey recibiria en ella y el daño destos Reynos»⁴⁹. En esta breve pero tajante afirmación, Carlos V no está sino demostrando su apoyo a la política de Juana respecto al norte de África, a la que anima a seguir gestionando todos los envíos posibles que favorezcan la continuidad de estas plazas en manos españolas. Pero el aún Emperador también llama así la atención a su hijo. Al insinuarle la repercusión que alcanzaría el tener una pérdida como la conquista de Orán por los musulmanes, lo que le está queriendo decir es que, por muy complicados que estén los asuntos en Europa, tiene un deber inexorable de conservación y defensa de las plazas que ha heredado al otro lado del Estrecho.

El regreso a España de Carlos V en septiembre de 1556 supone a este hombre enfermo y lleno de recuerdos un reencuentro con las viejas ambiciones africanistas de estos reinos que, en realidad, él nunca ha olvidado. Liberado de las responsabilidades de decisión y ejecución en Europa, que ahora corresponden a su hijo, y desde esta tierra extremeña tan anclada en el corazón de Castilla, Carlos vuelve sus ojos y sus oídos al deseo de los españoles de conservar sus posesiones en las tierras del otro lado del Estrecho. Por este motivo, desde su retiro en Yuste, Carlos V presta una atención especial a todos los acontecimientos que se suceden en esta vertiente de lo que fue su herencia patrimonial, pidiendo y recibiendo información continua y precisa al respecto. Esto no significa que llegue a recibir toda la que se genera, pues existieron mecanismos que restringieron la información que se suministraba al viejo Emperador, pero con las noticias que le llegaban ya tenía bastante para sentirse alarmado previendo lo que podría ocurrir si Felipe no apostaba definitivamente por la conservación de estas plazas. En estos dos últimos años de su vida, Carlos opina sobre lo que está ocurriendo y aporta su experiencia acumulada durante años para el análisis de las situaciones que se presentan en ese suelo norteafricano que él por dos veces pisó. Como ha señalado Fernández Álvarez, el norte de África se muestra como una asignatura pendiente al final de su reinado para Carlos V y, desde este punto de vista, desea que su hijo pueda aprobarla ahora con cierta dignidad. Para conseguirlo, ha de seguir las premisas fundamentales de la política norteafricana que él aplicó, estableciendo su intemporalidad por encima de que las circunstancias políticas, sociales y económicas de los territorios heredados pudieran haber cambiado o no. Defensa del norte de África a través de la conservación de las plazas cristianas, conteniendo al enemigo y controlando sus posibles avances

⁴⁹ AGS, E, leg. 119, fol. 2. Recogido en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., IV, Salamanca, 1979, pp. 296-297. Carlos V a Juana de Austria. Jarandilla, 31 de enero de 1557.

han de ser las líneas a seguir también ahora. Aunque no da órdenes directas a su hijo sobre este tema, le insinúa sin cortapisas lo que él haría en su lugar, que es lo que espera que haga ahora Felipe II. Su autoridad por detrás de la figura del nuevo rey es evidente, si bien nunca pretende obstaculizar las labores de Juana ni de Felipe, pues es consciente de que, aunque no ha renunciado al título de emperador, ya no puede ejercer el poder como tal. Así lo demuestra ante el gobernador de Orán, en el viaje que éste último hace a España con la intención de recabar ayuda para seguir adelante con la empresa que pretende llevar a cabo en 1558 en tierras norteafricanas. Conociendo Carlos la amenaza que se cierne sobre el presidio cristiano ante la proximidad de la armada turca, le pide que se vuelva a Orán, y ante la insistencia del conde de Alcaudete en ir a Yuste a ver al Emperador para informarle de cómo van los tratos con el Xarife, le escribe:

«[...] en lo de los negoçios de que decis quisierades darnos quenta, quando ecimos dexaçion de nuestros rreynos tambien la hize dellos y pues la abeis dado al rrey y a la prínçesa ellos os daran horden de lo que debeis hazer y aquella podreis seguir»⁵⁰

Pero, en 1557, nada parece hacer sopesar a Felipe II su ya demostrada tendencia a dejar el norte de África en un plano bastante secundario de sus prioridades políticas. La ruptura de las hostilidades con Francia y la delicada situación financiera de la Corona, que obliga a declarar la primera bancarrota de su reinado, son escenarios poco halagüeños para los deseos del conde de Alcaudete, que aún blande la esperanza de tiempos mejores para la presencia española en el norte de África. Ante la concatenación de estos acontecimientos adversos, Felipe II opta por racionalizar los socorros que se han de enviar a tierras de Berbería, dando prioridad a aquellas materias que más urgente resolución necesitan⁵¹. Por fuerza estas premisas habrían de chocar con las ambiciones ofensivas del conde de Alcaudete sobre África. Por un lado, el gobernador de Orán pretendía devolver a los presidios españoles su capacidad defensiva mediante la creación de Estados-tapón, es decir, recuperar un sistema que había ideado Carlos V, pero que se había acabado viniendo abajo ante la incapacidad de asegurar los pactos de mudejarismo establecidos con las autoridades de Túnez y Tremecén. Para conseguir este primer objetivo, Alcaudete estimaba necesario el ataque de Tremecén y de Mostaganem, sobre los cuales se establecería un protectorado. La segunda fase de su plan iría enca-

⁵⁰ AGS, GA, leg. 65, fol. 56. Copia de carta de Carlos V al conde de Alcaudete. Yuste, 6 de septiembre de 1557.

⁵¹ A principios de febrero de 1557, Felipe notifica a Juana la ruptura de la tregua de Vaucelles y la provisión de todo el metal precioso, dinero y provisiones para la armada que se hará contra Francia. Aun así, también expresa la orden de enviar rápida provisión y pagas a la gente de guerra de La Goleta (AGS, E, leg., 514, fol. 15, Bruselas, 1 y 5 de febrero de 1557). Unos días después, y al no encontrarse otras partidas de donde poder sacar dinero para los gastos de las fronteras de África, Felipe II permite que la provisión de Orán y La Goleta se tomen del oro y plata que hay en Sevilla, aunque sólo una vez que se haya sacado lo necesario para la guerra contra Francia (*ibid.* fols. 16 y 20).

minada a la conquista de Argel. Felipe II estima inviables ambos proyectos, en especial el primero, al que considera ambición personal del gobernador del presidio cristiano. No hace ascos, por el contrario, a concluir el pacto con el Xarife, aunque siempre vigilando que éste se firme en términos defensivos, sin hacer caso a los deseos que el sa'dí también tiene de entrar en Argel ⁵².

No mucho mejor se vislumbra la vertiente meridional de la Monarquía en los primeros meses de 1558, en los que la brecha abierta entre Juana y Felipe respecto a las líneas maestras a seguir en este campo de acción se ahonda hasta el punto de que la Gobernadora llegue a pensar en presentar su dimisión en agosto. Esta situación se aborta con la participación decisiva de Carlos V, quien convence a Juana de la necesidad de que siga al frente de los destinos de España hasta el regreso de Felipe II. Una vez más, ante los intentos de Juana de dirigir una empresa a África con los fondos acumulados desde 1555 para la recuperación de Bugía sin ni siquiera haber dado cuenta al Rey ni a Carlos V, Felipe se opondrá con rotundidad, exigiendo que este dinero se envíe al frente francés. Carlos V, aún muy receptivo en 1558 a lo que ocurre en el norte de África, pide continua información sobre un posible nuevo cerco sobre Orán, y se alegra cuando conoce que el rey de Argel se ha alejado de las proximidades del mayor presidio cristiano en Berbería ⁵³. En julio se interesa por la suerte que puede haber corrido el conde de Alcaudete en su regreso a Orán, después de haber estado reclutando gente en España para ir a hacer la empresa de Argel ⁵⁴. A lo que ya no puede prestar atención es al desenlace de la operación norteafricana del gobernador de Orán, que se llevaría a cabo en agosto, teniendo como primer objetivo la conquista de Mostaganem. Carlos V está a punto de morir cuando, el 9 de septiembre, llega a Yuste la noticia del fatal desenlace de la empresa encabezada por Martín de Córdoba, y se toma la decisión de no comunicársela. El Emperador fallece, tan sólo doce días después, sin saber que ese norte de África que tantos quebraderos le había producido durante su reinado, también había dado un paso más hacia su definitivo ocaso como herencia patrimonial de la dinastía Habsburgo.

Un gran número de voluntarios alistados en España, junto a muchos de los soldados de las guarniciones de Orán y Mazalquivir habían muerto o habían sido capturados como consecuencia directa de una operación que empezó ya condicionada por la falta de barcos y de municiones suficientes. Una nueva amenaza de conquista se extendía ahora sobre una Orán prácticamente desguarnecida. Y la alianza con el Xarife se había demostrado como un tremendo fiasco al no producirse finalmente la pactada ayuda

⁵² Para los términos en los que se forma el pacto con el Xarife, AGS, GA, leg. 66, fol. 112, y MARINO, P., *Tratados...*, op. cit., Madrid, 1980, pp. 264 y ss.

⁵³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., IV, p. 401. Carta de Carlos V a Juana de Austria. Yuste, 4 de febrero de 1558; y p. 427. Carta de Carlos V a Juan Vázquez de Molina. Yuste, 25 de mayo de 1558.

⁵⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (ed.), *Corpus...*, op. cit., IV, p. 436. Carta de Carlos V a Juan Vázquez de Molina. Yuste, 2 de julio de 1558.

marroquí. Todo ello sólo iba a llevar a Felipe II a ordenar que pasase a Orán la gente que estaba a punto de ser embarcada para Cerdeña, junto al envío de algunos socorros de pertrechos y municiones, y que también acudiera el nuevo conde de Alcaudete, tras la muerte en la operación del propio Martín de Córdoba⁵⁵. Pero el Rey bien sabía que este nuevo y peligroso revés se había producido como colofón a una década de pérdidas de posesiones en el norte de África, cuando precisamente lo que los españoles habían buscado con esta empresa era todo lo contrario: salvar la cara de estos presidios cristianos, poniendo rumbo después hacia la eterna pesadilla de Argel. Los esfuerzos realizados, las esperanzas acumuladas desde la pérdida de Bugía para poner al fin en marcha la reacción en el norte de África, todo se había venido abajo en un dramático verano para los españoles de ambas orillas del Mediterráneo. Los cautivos de Mostaganem junto a los de Ciudadela se daban cita en los inmundos baños de Argel, quizás ya sin ninguna esperanza de mejores augurios. Y, mientras, a Felipe II nadie podía ir a convencerle de que el verdadero peligro para su Monarquía no estaba en el frente del norte.

Carlos V había intentado inculcar en su hijo unos principios de conservación y defensa del territorio del otro lado del mar Mediterráneo que el paso del tiempo y el peso de las nuevas circunstancias políticas habían convertido en obsoletos a los ojos del nuevo rey. El Emperador siempre había tenido al norte de África presente en su mente y en su acción política, aunque sólo había llevado a cabo realizaciones prácticas en periodos concretos, cuando otros frentes de acción estaban en una situación de calma más o menos duradera. Aunque Carlos hubiera vuelto sus ojos a África con mayor fuerza y pujanza sólo en momentos y coyunturas precisas, él bien sabía que esta actitud obedecía a toda una formulación de principios que venía a expresar lo que para él era una política adecuada en el norte de África. Por encima de lo que pudieron esperar de él sus súbditos, y más allá de lo que marcaban las normas y reglas imperantes en la época, el Emperador entendió que esa España que había entrado sin vuelta atrás en el mundo moderno no podía mantener una política de conquistas a gran nivel en el norte de África, sino que lo mejor que se podía hacer era conservar lo conseguido por sus antecesores. Carlos nunca tuvo ambiciones expansionistas, y se comprueba con facilidad en esta parcela de su herencia patrimonial, cuyo coste y trabajo para mantenerla incólume era ya demasiado alto como para intentar ampliarla. Pero es que, además, el Emperador se sentía un igual entre iguales, rey como los demás de su condición, incluso en el caso de que éstos no fueran cristianos. Por eso, si él lucha en el norte de África, es porque lo está haciendo contra un adversario político que intenta arrebatarle algún territorio, y no tanto por el hecho de que profese el Islam; y si puede pactar con él y sacar de esta colaboración algún provecho, lo creará mucho más beneficioso, y procederá a ello como

⁵⁵ AGS, GA, leg. 67, fol. 163. Carta de Doña Juana a Íñigo de Mendoza, transmitiendo las órdenes dictadas por Felipe II. Valladolid, 9 de septiembre de 1558.

fórmula para mantener áreas de control, que es lo que le interesa, por encima de un dominio costoso que sabe que no puede establecer.

Para Carlos V, una buena política norteafricana tampoco consistía en limpiar nidos de corso, porque el corso, como *modus vivendi* de ciertas ciudades y repúblicas, era un problema superior, que necesitaba de cambios económicos y sociales que él no podía generar por sí mismo. Por ello, lo mejor que se podía hacer era establecer mecanismos de defensa frente a esta actividad mediante la vigilancia de mares y costas, pero nada se arreglaba formando grandes armadas para ir a conquistar los refugios de los arraíces corsarios, que no harían sino buscar guaridas en otros puertos. La política de Carlos V en África no busca intervenir directamente, sino controlar, no entrar en luchas abiertas, sino intentar conseguir pactos de amistad y colaboración. Y es que Berbería se presenta al Emperador como un problema de hondas raíces; es un proceso de numerosas y rápidas conquistas desplazado en un momento dado por otras empresas alternativas, y él lo recibe justo cuando acaba de quedar atrás su época dorada y se dispone a vivir sus primeros momentos de agonía en la disputa frente a la influencia otomana sobre los mismos radios de acción. Cuando a este «Lejano Sur», discutido e hipotecado, que recibe como herencia materna, se une esa Europa proclive a los cambios políticos y religiosos en estas primeras décadas del siglo XVI, Carlos V comprenderá la necesidad de adecuar la situación en el norte de África a las circunstancias políticas europeas. El Emperador procederá a articular una política norteafricana en la que lo que había que hacer no era actuar por iniciativa, sino vigilar, observar y ponerse en acción sólo cuando no quedara ninguna otra alternativa. Es lo que Mariño denominó como «absentismo como estrategia», que el Emperador pudo poner en práctica porque conocía suficientemente bien las premisas, condicionantes y particularidades de estos territorios y de las autoridades que estaban al frente de ellos. Este conocimiento le permitió jugar con alguna ventaja, al menos en el control de los riesgos que corría, pero para ello necesitaba esa constante información de todo lo que pasaba al otro lado del Estrecho. A través de ella, el Emperador podía revisar todas aquellas variables que necesitaba manejar para seguir conservando los territorios heredados. De alguna manera, todo el programa iconográfico de representaciones de sus victorias frente al Turco en el norte de África que adornan la nao que circula por Bruselas durante sus funerales viene a reconocer que, más allá de sus éxitos y fracasos, de sus aciertos y sus errores en tierras de Berbería, esa otra orilla del Mediterráneo había sido la fuente de la que había emanado buena parte de la imagen legendaria con la que el Emperador salía del mundo de los vivos y entraba en el de los muertos.